

# A un paso de La Moneda

Para el venidero 15 de diciembre está programado el balotaje electoral entre las candidatas Michelle Bachelet y Evelyn Matthei. La próxima presidenta asumirá las riendas del país por un periodo de cuatro años a partir del 11 de marzo del 2014

Laura Bécquer Paseiro

Dos mujeres se disputarán la presidencia chilena por primera vez en la historia. Dos visiones políticas distintas de un mismo país que van marcando el panorama de la nación austral desde el regreso de la democracia en 1990.

El 47 % obtenido en la primera vuelta de los comicios generales le permitió a la aspirante del pacto opositor Nueva Mayoría, Michelle Bachelet, ganar holgadamente en distritos claves del país, pero no le aseguró la mayoría absoluta que la llevaría directo a La Moneda.

Sin embargo, la pediatra chilena que gobernó del 2006 al 2010, aseguró que no había dos lecturas sobre los resultados, “hemos ganado esta elección y lo hicimos con una amplia mayoría, el país ha votado mayoritariamente por las propuestas que hemos hecho para Chile”.

En ese sentido, comentó que quienes optaron por su propuesta lo hicieron además “por una mejor educación, el fin del lucro, la integración y por una reforma tributaria que permitirá mejorar la salud pública, el sistema de pensiones y ayudará a que los que más tienen aporten para el desarrollo de Chile”.

A pesar de su tono confiado, la representante

de la coalición que agrupa a socialistas, demócrata-cristianos y comunistas, no tiene el camino fácil. Así lo aseguran varios analistas que dan por sentado que de llegar a la presidencia nuevamente, Bachelet se enfrentará con los sectores sociales que mantuvieron en jaque a la administración anterior, específicamente los estudiantes, con una agenda amplia de demandas.

Igualmente casi uno de cada dos chilenos en edad de sufragar decidió no hacerlo el pasado domingo. Los analistas apuntan a una desilusión con el modelo político en general, principalmente de los jóvenes, y cierto “voto castigo” de quienes no vieron en el primer mandato de Bachelet las respuestas a sus demandas, ni tampoco las encontraron en el gobierno de la derecha.

La otra candidata más votada el pasado domingo fue la extitular de Trabajo del presidente Sebastián Piñera, Evelyn Matthei, quien alcanzó un 25 % superior al 17 % que le adjudicaban las encuestas.

Al conocerse los resultados, la economista afirmó que las puertas de su proyecto estaban abiertas a los otros siete aspirantes que se quedaron fuera de la contienda, aunque la propia Matthei ha admitido tener “grandes diferencias con la izquierda”.

De lo que está hablando Matthei es de ir a

la “caza” de los votos del resto de los aspirantes para lograr un mejor resultado en el balotaje. Aspirar al casi 11 % obtenido por Marco Enríquez-Ominami, del Partido Progresista y la tercera fuerza política más votada, puede parecer una locura debido a las grandes diferencias entre ambas corrientes; sin embargo, no se puede descartar del todo.

La opción más lógica para Matthei sería unir fuerzas con el independiente derechista Franco Parisi (cuarto más votado con el 10 %), pero este último dejó bien claro que no tienen intención de hacerlo. Habrá que ver entonces la respuesta de los otros cinco aspirantes.

Otro elemento que llamó la atención fue la posición en que queda la derecha en el país. Solo el 25 % de los chilenos optó por la continuidad de las políticas implementadas en los últimos cuatro años, que si bien han continuado con el crecimiento macroeconómico, deja tras de sí varias lagunas en lo social.

No obstante, muchas de las promesas electorales de Bachelet y Matthei, no podrían gestarse exitosamente sin un respaldo en el Congreso. De ahí la importancia de los 20 escaños para la Cámara alta (Senado) y 120 diputados que también se eligieron el domingo.

Acorde con los datos ofrecidos por el Servicio Electoral chileno, el pacto de centro izquierda representado por Bachelet, obtuvo



La próxima presidenta chilena tendrá que lidiar con las fuerzas sociales que han despertado en esa nación. FOTO: LA TERCERA

una mayoría simple en ambas Cámaras del Congreso.

El abogado chileno José Francisco García precisa que esta segunda vuelta será una nueva elección y otra oportunidad para convencer a los indecisos y asegurar a los decididos. “Matthei y Bachelet deben reconcurrir no solo por la confianza de millones de electores, sino especialmente por aquellos millones que no concurrieron. Este último electorado podría desequilibrar la balanza de modo insospechado”, asegura el profesor universitario.

Sergio Alejandro Gómez

Si algo ha quedado claro durante más de medio siglo de guerra en Colombia es que la paz no está sujeta a un calendario, no es cuestión de sentarse a esperar el inevitable silencio de los fusiles. Pero las fechas, resulta difícil evitarlo, son una buena excusa para sacar balance de los eventos que se prolongan en el tiempo.

Hace exactamente un año se sentaron por primera vez a la mesa de conversaciones en La Habana los representantes del Gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP).

¿Cuál es el saldo de estos 365 días? No es fácil responder esa pregunta. En primer lugar porque nadie conoce los pasos exactos para llegar a la paz. Precisamente lo que se debate durante maratónicas sesiones en el Palacio de Convenciones de la capital cubana es el camino para alcanzar el fin del conflicto. Cada nuevo paso que dan hace historia.

Lo que está más claro es cómo no se hace la paz. Los colombianos han asistido a varios procesos infructuosos desde el primero, durante los gobiernos de Belisario Betancur (1982-1986) y Virgilio Barco (1986-1990), hasta los de César Gaviria (1990-1994) y Andrés Pastrana (1998-2002).

Los diálogos de La Habana están contruidos a la sombra de esos fracasos.

La actual experiencia de búsqueda de la paz solo se hizo pública cuando ya se había debatido previamente una agenda de seis temas para guiar las conversaciones. En el Caguán, con Pastrana, se perdieron valiosos meses en alcanzar ese punto, mientras la ofensiva mediática hacía trizas a ambos bandos.

Esta vez la sede es un tercer país neutral, Cuba, relativamente aislado de los vaivenes de la política local y con un grupo reducido de representantes por cada parte. Por el contrario, el Caguán fue un ejercicio masivo con miles de guerrilleros por un lado y otros miles de representantes del gobierno y la sociedad civil por otro en una amplia zona desmilitarizada, porosa al conflicto nacional.

En Tlaxcala, México, Gaviria intentó a comienzos de los 90 construir algo fuera de las fronteras nacionales, pero en aquella ocasión ni siquiera pasaron del establecimiento de una agenda.

Al fracaso del Caguán en el 2002 le siguió el ascenso al

## La hora de la paz

Hoy se cumple un año de la apertura en La Habana de la mesa de conversaciones que busca poner fin al conflicto armado en Colombia



Desde hace más de medio siglo los colombianos no han vivido un solo día en paz. FOTO: OLAPOLÍTICA

poder de Álvaro Uribe con una agenda reacia al diálogo y centrada en una solución de índole militar. Pero una década, miles de muertos y miles de millones de dólares después, no se logró la aniquilación del grupo guerrillero, a pesar de que se han utilizado contra ellos las técnicas de guerra más avanzadas del mundo, desde drones hasta espionaje satelital.

A la capital cubana se llega sin que ninguno de los dos bandos haya podido ganar la guerra, pues tampoco las FARC-EP, y ellos mismos lo han reconocido, están en la posición de tomar el poder por las armas.

Es así como, una vez más, se impone a la inevitable vía del diálogo.

Pero esto es mucho más complejo que una negociación a dos bandas: resulta muy distinto hacer la paz, que construir la paz. Lo primero se logra entre contendientes, lo segundo es tarea de toda una nación.

El documento rector de las actuales conversaciones constituye un gran avance en el sentido de ubicar la solución en los elementos del sistema que en primer lugar dieron origen a la confrontación.

Los seis puntos de la Agenda abordan problemas históricos de la sociedad colombiana como la desigualdad en la tenencia de la tierra, las garantías para la participación política, los cultivos ilícitos y los derechos de las víctimas.

No menos importantes son los mecanismos necesarios para la verificación y refrendación del fin del conflicto. Aunque no se ha llegado a ese punto ni existe un acuerdo en el cómo, ambas partes coinciden en que es el pueblo colombiano el que debe dar la última palabra.

La experiencia de un acuerdo entre gobierno y guerrilla sin tener las condiciones creadas en la sociedad en su conjunto han sido mortales. El recuerdo de los miles de militantes de la Unión Patriótica —un partido nutrido de guerrilleros desmovilizados en los 80— está fresco en la memoria colectiva.

El balance de fuerzas actual en Colombia es distinto, pero no menos complejo, más aún cuando se dialoga sin dejar de utilizar las armas. Uribe está dedicado a tiempo completo a criticar el proceso de paz que defiende el Ejecutivo. Pocos dudan que Oscar Iván Zuluaga —el candidato por el Centro Democrático para las elecciones del 2014, que encarna la visión del exmandatario— pondría fin a las conversaciones de La Habana de llegar a la Casa de Nariño.

En el otro extremo, son muy positivas las declaraciones del recién nombrado comandante del Ejército, Juan Pablo Rodríguez, respecto a que las Fuerzas Armadas protegerían a las FARC-EP en caso de que se reincorporaran a la vida civil.

De cualquier modo, todas las conversaciones se construyen a partir de lo que está dispuesto a dar cada bando, y esa es una de las interrogantes claves que circundan al actual proceso.

Aún así, el Gobierno colombiano, las FARC-EP y la mayoría de los analistas coinciden en que en La Habana se ha llegado más lejos que nunca antes. Los dos principios de entendimiento en la problemática agraria y la participación política son avances históricos que no tienen precedentes.

Pero la mayor esperanza es, quizás, la voluntad de llegar a un acuerdo final que han mostrado ambas partes, sincronizadas hasta ahora con los relojes de toda Colombia que llevan años marcando la hora de la paz.